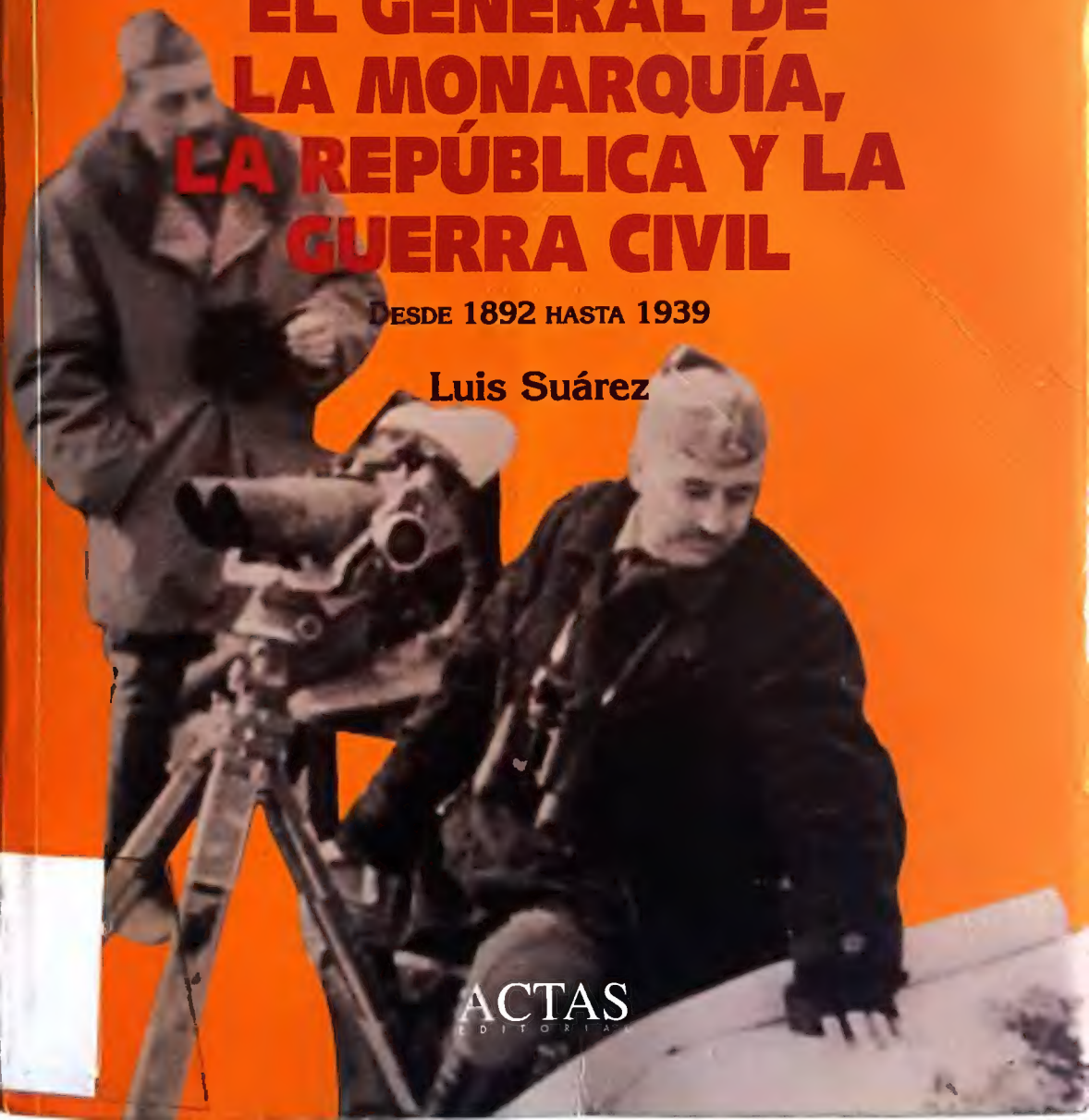
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 26

LA DECISIÓN DE BRUNETE.

I. ELIMINACIÓN DEL POUM.

1. La ruptura de los comunistas con Largo Caballero y su contribución decisiva al nombramiento de Negrín como presidente del Consejo de Ministros, fue contemplada desde el bando nacional como una revolución interna –semejante en algunos aspectos a la que se estaba produciendo en su propio seno– que, en diversas fases, conduciría al restablecimiento del orden mediante la implantación del marxismo soviético y la creación de un Ejército rojo capaz de respaldar y conservar dicha revolución. Este punto de vista no parece muy equivocado. Prieto, que se negaba a plegarse a estas consignas, se convirtió en punto de mira de los soviéticos: su propuesta de agresión a los barcos alemanes, rechazada precisamente después de una gestión de la URSS, le tornaba peligroso; en cualquier momento una decisión precipitada por su parte podía provocar una guerra general que Moscú de ninguna manera quería. El mismo Prieto cuenta que Vicente Uribe y Jesús Hernández le propusieron celebrar reuniones casi continuas a fin de que no tomase decisión alguna sin contar con su opinión.[1] Naturalmente el ministro se negó.

Una operación como la que el Partido Comunista proyectaba tenía dos implicaciones precisas: la eliminación del trotskismo y del anarquismo, y el logro de una victoria que devolviese los ánimos, tan quebrantados desde los últimos fracasos en Bilbao, Huesca y Segovia. Ninguna podía ser mejor recibida que aquella que consiguiera romper el cerco de Madrid: la defensa de la capital, atribuida por la propaganda de ambos bandos a las Brigadas Internacionales, tenía todo el aire legendario de un heroico comportamiento. Se estaba empleando a los anarquistas contra el POUM, pero en una segunda fase se intentaría la eliminación de CNT y FAI. El proceso revolucionario, de acuerdo con los informes que poseía el bando nacional, estaba repitiendo muchas de las fases de la revolución soviética. La propaganda de los partidarios de Franco pudo utilizar estas noticias en su favor.

Los graves sucesos de mayo permitieron emprender casi inmediatamente acciones judiciales. El paso de Manuel de Irujo por el Ministerio de Justicia prestó tam-

bién un gran servicio: en su afán de normalizar en lo posible la situación y disponer que al menos los presidentes de los tribunales tuvieran que ser de la carrera judicial y que los directores de las prisiones se nombrasen según méritos dentro del cuerpo. A pesar de sus manifestaciones posteriores, influidas por una experiencia negativa, también Prieto contribuyó al fortalecimiento de los mandos comunistas firmando los nombramientos oportunos y entregando prácticamente el Ministerio de Defensa al Partido.[2]

2. Las violencias cometidas por miembros del POUM en la primera etapa de la guerra se volvieron contra su partido: incluso personas que podrían calificarse de muy moderadas, consideraban como un bien su eliminación de la escena política; por otra parte el Gobierno Negrín, que se presentaba a sí mismo como «el de la victoria», tenía que esforzarse en lograr la unidad política y ningún aglutinante parecía tan eficaz entonces como el Partido Comunista, tanto en el frente como en la retaguardia. De modo que las divergencias entre socialistas y comunistas tendieron a atenuarse. El paralelismo con lo sucedido en la zona nacional no deja de ser notable: ambos bandos habían llegado a la conclusión de que la unidad era imprescindible para ganar la guerra. En mayo se montó el gran proceso contra el POUM que, en su desarrollo, obedece a las mismas dimensiones y estructura que Stalin había empleado y seguiría utilizando en la URSS.

En estos meses la alabanza a Stalin como estadista genial, padre de los pueblos y héroe de la revolución se convirtió en un tópico suficientemente repetido. Los grandes intelectuales del momento, como Miguel Hernández, Antonio Machado, Neruda o Alberti, se extasiaban en el elogio del marxismo stalinista y, a veces, en el ditirambo personal de un personaje al que maldecirían después. En abril de 1937 la policía descubrió en Madrid y Barcelona ciertas ramificaciones de la resistencia interior, la «quinta columna», procediendo a algunas detenciones. Alguien había «plantado» una maleta de documentos comprometedores que venían a demostrar las conexiones entre el POUM y los militares; entre esos documentos figuraba nada menos que una carta autógrafa de Andrés Nin a Franco.[3] Nin era el antiguo secretario de Trotsky y uno de los activos agentes revolucionarios en la Rusia de los años 20. Alejandro Orlov, jefe de la GPU en España, a espaldas del Gobierno, dio la orden de detener a los principales dirigentes del POUM.[4] Esta orden fue ejecutada por los oficiales dependientes de la Dirección General de Seguridad. El 16 de junio fueron clausurados los locales del POUM en Barcelona y disueltas sus unidades milicianas. El comunismo, en España, eliminaba la heterodoxia.

Nin desapareció para siempre y cuando Negrín interrogó en el Consejo de Ministros a los responsables de su detención, ellos negaron tener noticia alguna. A pesar de cuanto significaba desde el punto de vista interior –era la policía soviética la que tomaba decisiones en España– el Gobierno nada hizo y Prieto, Irujo y Zugazagoitia siguieron en sus puestos. El poeta José Bergamín, que se declaraba «católico y antifascista» aunque era miembro del Partido Comunista, afirmó, muy exaltado, que personajes tan siniestros como éstos no merecían compasión ni eran dignos de tener defensores judiciales. Como Nin resistió a los interrogatorios, no pudo llevarse a cabo el proceso público que Moscú deseaba ya que faltaba el esencial documento de la «autoconfesión» y la CNT comenzaba a movilizarse en favor de los diri-

gentes del POUM en cuyo fascismo no creía. En consecuencia se organizó, en la noche del 22 al 23 de junio, un simulacro de liberación por parte de un comando «alemán» –había muchos comunistas de esta nacionalidad en las Brigadas Internacionales– que asaltó la antigua catedral de Alcalá convertida en sede de la GPU. Probablemente Nin fue asesinado aquella misma noche.[5] Ningún otro de los detenidos fue fusilado, pero hubo sistemáticas eliminaciones tanto de españoles como de soviéticos por el método de la misteriosa desaparición. La verdad «oficial» quedó establecida de este modo: Andrés Nin había sido capturado por agentes alemanes y estaría ahora refugiado en Salamanca o en Berlín. Las eliminaciones continuaron en los últimos meses de 1937.

3. La eliminación del POUM fue, en realidad, el último episodio de la lucha por el poder entre los herederos de Lenin, que circunstancialmente se libró en España, y cuyo epílogo sería el asesinato, en México, del propio Trotsky por un español. El Gobierno de la República no tuvo responsabilidad directa en estos sucesos, pero sí indirecta. Los dirigentes del POUM siguieron en la cárcel hasta el fin de la guerra y nada se hizo para liberarlos ni tampoco para impedir los asesinatos misteriosos. Era, absolutamente imposible para Negrín, empeñado en ganar la guerra a cualquier precio, invirtiendo los términos de una situación militar deteriorada gravemente tras el fracaso en Vizcaya que amenazaba convertirse en pérdida de todo el litoral norte. Sus reservas económicas se hallaban en la URSS y sus esperanzas de recibir material moderno en cantidad suficiente para armar al Ejército rojo se cifraban exclusivamente en la ayuda de Stalin.

Las compras en otros países, para cuya realización ordenó el presidente del Gobierno crear tres grandes empresas, la Campsa Gentibus, la Mid Atlantic Shipping Company Limited y la Central de Exportación de Agrios,[6] dieron malos resultados. El Frente Popular arrastraba las consecuencias de un desorden que él mismo, en los primeros momentos de la guerra, había provocado. Era un estado revolucionario y nada más. El Ministerio de Justicia designó un magistrado, Miguel Moreno Laguía, para tratar de esclarecer las circunstancias de la detención y desaparición de Nin. Moreno, amigo personal de Azaña, fue objeto de amenazas y su tarea sistemáticamente obstruida. Al final nada se aclaró salvo aquella oficial falsedad de que el dirigente máximo del POUM había logrado huir a territorio enemigo.

II. *ANIMAL FARM.*

1. Un gran esfuerzo fue hecho para conseguir lo que Tuñón de Lara denominaría, después, «hacer trascendente la guerra a los planos universal e intelectual» o, de acuerdo con lo que dos poetas soviéticos enviados a España, Ilya Ehrenburg y Mikhail Koltsov, denominaban la «Internacional de las letras». Un Congreso de intelectuales antifascistas, itinerante de Barcelona a Madrid y de aquí a París, se encargaría de organizar lo que podría llamarse un manifiesto. Destino trágico el de las dos estrellas fulgurantes de aquel extraño cielo de atroz marxismo: Ilya era entonces un convencido stalinista que consideraba las denuncias presentadas por la eliminación del POUM como maniobras imperialistas para desprestigiar al mejor Gobierno del

mundo, presidido por Stalin; más adelante, tras la muerte de éste, denunciaría las crueldades de aquel mismo Gobierno proporcionando a los nuevos dirigentes de la URSS el término «deshielo». Mikhail Koltsov, del que nos hemos ocupado al tratar del asedio al Alcázar de Toledo, lo mismo que otros muchos que compartieron con él el protagonismo de la aventura española, como el embajador Marcel Rosenberg o el cónsul Ovseenko, Ian Berzin y Artur Stashevsky, morirá asesinado en una de las numerosas purgas de Stalin.

Denominar aquella reunión Congreso es un poco irónico. No se trataba de debatir sino de hacer propaganda. Fueron invitados únicamente los defensores del Frente Popular que estuviesen dispuestos a considerar el sistema soviético como el deseable para la paz del mundo: estaban allí André Malraux, Ernst Hemingway, que introduciría a Koltsov bajo el nombre de Karkov en su novela *¿Por quién doblan las campanas?*, Nicolás Guillén, Pablo Neruda y Stephen Spender, junto a bastantes jóvenes que luego llegarían a hacerse famosos y a mostrar su arrepentimiento por haber tomado parte en la operación. Entre los españoles estuvieron Altolaguirre, Antonio Machado, Rafael Alberti, José Bergamín y Miguel Hernández; todos, sin distinción o eran comunistas o se deshacían en elogios de los grandes dirigentes del comunismo. También estaba, aunque no en el Congreso, Eric Arthur Blair, esto es, «George Orwell».

Objetivos múltiples se perseguían con este Congreso. Ante todo, deslindar los campos. Si Unamuno antes –en las declaraciones posteriores al penoso incidente de Salamanca– y los obispos después, habían coincidido en reconocer que, a pesar de todo, de la victoria de Franco dependía la salvación de la fe y de la dignidad trascendente del hombre, el Congreso de intelectuales tenía que demostrar que el Ejército rojo estaba luchando por la «cultura», entendido el término desde un riguroso análisis marxista, como concepción materialista dialéctica de la existencia y de la sociedad. Entre los jóvenes asistentes estaban Octavio Paz y Mario Vargas Llosa que denunciaron después la reunión como un gran engaño: el marxismo-leninismo se aprestaba a confiscar en su favor el término «antifascismo» lo que en definitiva permitiría calificar de fascistas a quienes se le opusieran.

2. Todo estaba preparado, además, para que los intelectuales presenciasen la brillante operación que se preparaba: ruptura del cerco de Madrid por el sector de Brunete, lo que podía obligar a los sitiadores a un repliegue más general para evitar ser cercados. Azaña, que en sus *Memorias* utilizó los términos más despectivos para referirse al Congreso, se negó a pronunciar el discurso de clausura; se leyó en cambio un texto de Bertold Brecht que no estuvo presente. Los invitados llegaron a Valencia para la sesión de apertura que tuvo lugar el día 4 de julio. El 5 se trasladaron a Madrid; aquella noche se hicieron las últimas concentraciones en el frente para la gran ofensiva que iba a comenzar con las primeras luces del día siguiente. De nuevo se jugaba con el mito de que Madrid era el símbolo de la izquierda europea, la «tumba» en que sería «sepultado el fascismo». Seguramente existe una relación entre estos preparativos y el nombramiento de Ramón J. Sénder como comisario político de una de las unidades militares que iban a tomar parte en la batalla.

Probablemente el Congreso se cerró con un fracaso, también en la conciencia de sus organizadores. Acababa de publicar, André Gide su escandaloso *Retour de*

l'URSS: no se trataba únicamente de un retorno físico del viaje a la Unión Soviética, sino de algo más profundo. El autor que había sido presentado hasta entonces como el gran amigo del comunismo denunciaba que lo que en el gran país estaba sucediendo no era sino el desarrollo de una tiranía que no tenía precedentes ni en su extensión ni en su crueldad. Los intelectuales, siguiendo a Ehrenburg y a Koltsov, le denunciaron como si fuese un agente del trotskismo, y Malraux tuvo que defenderle para que no se le acusase de fascismo. Tampoco llegó la victoria que se esperaba. Los asistentes fueron llevados a las trincheras de la Ciudad Universitaria y no a las de Brunete.

3. Aunque nos desviemos un tanto de la línea de nuestra exposición, es importante que señalemos aquí de qué modo estos meses, que en la estrategia soviética hubieran debido significar un relanzamiento de la opinión en favor de sus tesis, y también de los combatientes en las trincheras españolas, presenciaron precisamente el fenómeno contrario, de la gran decepción como ha sido calificado por autores de muy diverso origen. La Guerra Civil española tendrá esa significación. Al comenzar la misma, escuchando los ecos de la propaganda, la mayor parte de los intelectuales fuera de España aceptaron la tesis de que se estaba librando la gran batalla en defensa de la democracia y de la libertad contra el fascismo que acaudillaba los resentimientos de la burguesía. Muchos años después, olvidados los ecos y perfiles de la contienda, esta tesis vuelve a ser sostenida, procurándose un olvido de los argumentos que puedan ser negativos. Para ello se hace preciso borrar muchas de las cosas que entonces se escribieron.

Este espíritu fue el que recordaron luego John dos Passos, Stephen Spender o Gustav Regler.[7] Llegaron a España llenos de ilusión, atraídos por la gran esperanza, y encontraron una dictadura de partido que ahogaba inexorablemente todas las disidencias; pero ellos, precisamente, estaban dentro de esa disidencia, que no estaban dispuestos a abandonar y se encontraban con que los miembros del POUM y los anarquistas, de quienes tan próximos se sentían, estaban siendo perseguidos y eliminados. Algunos, incluso, tendrían la oportunidad de contemplar el retorno de esa misma dictadura en sus propios países, aunque no alcanzarían a presenciar el dramático final de 1989, cuando se derrumbó el sistema soviético. No se trata, en la mayor parte de los casos, de personas que perdieran la fe en sus convicciones revolucionarias.

Pero hubo dos casos singulares y significativos, el de Arthur Koestler y el de George Orwell; porque en ambos la convicción era distinta. El materialismo dialéctico, al desarrollarse en lógica implacable no podía desembocar en otra cosa que en esa dictadura de partido. Koestler, agente activo del Partido Comunista, había venido a España obedeciendo órdenes estrictas para ejercer espionaje y agitación. Se entrevistó en Sevilla con Queipo de Llano, pasó luego a la otra zona, fue capturado, como ya explicamos en otro lugar, indultado y canjeado por presiones internacionales. Aunque siguiera mostrándose tenazmente antifranquista, había comenzado ya la introspección intelectual que le llevaría a escribir *El cero y el infinito:* se trata de algo más que de una decepción por los métodos empleados por el stalinismo; en Koestler hay el descubrimiento de que la moral y la caridad no son términos pasados de moda, sino pivotes sobre los que descansa la sociedad porque en ellos se apoya la dignidad del hombre.

Orwell, seudónimo que empleó como hemos dicho Eric Arthur Blair, se vio afectado por los sucesos de Barcelona: él había acudido a España para defender una libertad extremada y sin contemplaciones. Vio cómo sus amigos del POUM eran perseguidos y cómo el poder estatal se estaba reconstruyendo en beneficio del Partido Comunista. Así llegó a la primera de las conclusiones: la revolución es el procedimiento de que se valen los ansiosos de poder para implantar su dictadura. Así nacieron *La granja de los animales* (*Animal Farm*) en 1945 y *1984* en 1948. Como es bien sabido todo el argumento de la primera novela se apoya en el principio que los cerdos esgrimen cuando deciden implantar su despotismo: «todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros». En el tiempo futuro, que él situaba en 1984, la revolución convertida en técnica, daría origen a una estremecedora realidad de sometimiento del hombre a la abyección. No se cumplió el pronóstico de modo absoluto pero quedó flotando en el aire una idea que ha inspirado muchas obras de ciencia ficción.

III. ¿VICTORIA O DERROTA?

1. Mientras los oradores se sucedían en el Congreso de intelectuales marchaban soldados y vehículos hacia el frente de batalla. Largo Caballero había pretendido responder a las acciones nacionales en el Norte con una ofensiva en Extremadura que, alcanzando la frontera de Portugal, partiese en dos el territorio sometido a Franco. Miaja se había opuesto radicalmente a esta operación, que hubiera exigido la retirada de fuertes contingentes de la defensa de Madrid, prefiriendo aprovechar la debilitación circunstancial de las líneas nacionales a causa de la campaña vasca, para una operación liberadora del cerco. La orden para su realización fue firmada por Prieto el 24 de junio: consistía en un avance en tenaza, desde el norte partiendo del río Perales hasta alcanzar Villaverde y Móstoles y desde el sur por Usera, hasta alcanzar la otra rama. De tener éxito las fuerzas franquistas quedarían encerradas en una bolsa o tendrían que replegarse apresuradamente. Para asegurar el éxito de la operación se pusieron a disposición de Miaja y de Vicente Rojo, su jefe de Estado Mayor, recursos muy cuantiosos: 300 aviones, más de 400 bocas de fuego y 125.000 hombres.[8] La superioridad sobre el adversario estaba asegurada.

No cabe duda de que el plan de operaciones fue trazado por Vicente Rojo aunque Malinoski, en sus *Memorias* –que Franco hizo que le tradujesen–, pretende que todo fue obra suya. No cabe duda de que se trataba de una excelente maniobra, cuya ejecución estuvo encomendada preferentemente a mandos comunistas: allí estaban Modesto, Jurado, el Campesino, Líster, «Walter», «Kleber», el general Stern y las Brigadas Internacionales integradas por alemanes, italianos y eslavos, todos comunistas. Lo eran, pues, cinco de los seis jefes de División, el del Cuerpo de Ejército y los asesores soviéticos correspondientes.

La ruptura, después de un bombardeo arrasador, en la noche del 5 al 6 de julio, fue lograda en las primeras horas de este día por la 11 División que mandaba Enrique Líster. Las fuerzas nacionales en la zona estaban muy debilitadas a causa de los traslados al frente vizcaíno y por esta causa en pocas horas los atacantes lograron una penetración de diez kilómetros y se apoderaron de Brunete. Pero no sin resistencia:

uno de los factores que resultaron decisivos en esta batalla fue el modo cómo consiguieron los defensores pegarse al terreno ganando horas hasta la llegada de refuerzos. Franco, que se dirigía en aquellos momentos al frente de Santander, donde estaba previsto comenzar el ataque el día 10, suspendió la operación, ordenó a Varela que tomara el mando y le envió refuerzos, entre los que estaban la 4.ª y 5.ª Brigadas de Navarra, consideradas como las más eficientes y castigadas del Ejército nacional.

Con el traslado de la Legión Cóndor a este frente, los nacionales lograron equilibrar sus efectivos en aviones de combate con los republicanos. Por primera vez Brunete contempló grandes batallas en el cielo en las que participaban más de cuatrocientos aparatos sumando los de los dos adversarios. Fue entonces cuando Joaquín García Morato comenzó a distinguirse, supliendo con su valor y destreza la inferioridad que se apreciaba muchas veces en sus máquinas; en Brunete cayó el primero de sus pilotos; también lograron los rusos derribar dos Ju-52 de bombardeo.[9] No puede decirse que ninguno de los adversarios lograra la victoria, pero es muy cierto que ya nunca se repetiría la situación de diciembre y enero anteriores cuando los rojos eran dueños del aire.

Funcionó bien la iniciativa de los mandos nacionales: sin esperar órdenes superiores los tenientes coroneles Fernández Valderrama, Rodrigo y Álvarez Entrena, cuyos regimientos formaban parte de la 13 División, los condujeron al frente para taponar las brechas producidas. Varela ordenó resistir a todo trance mientras llegaban los 31 batallones que se estaban desplazando, y fue obedecido. La ocupación de Villanueva de la Calzada, el día 7 de julio, marcó el final de la progresión. Líster, que por un momento había tenido la oportunidad de lanzarse por la brecha abierta, vaciló temiendo asumir demasiados riesgos y dio tiempo a que se cerrara el frente. El Campesino conquistó Quijorna en medio de una batalla terrible. En la madrugada del 11 todavía hubo algunas ganancias en las otras dos Villanuevas, del Pardillo y de la Cañada, pero inmediatamente después el avance se detuvo. La bolsa tenía una profundidad de dieciséis kilómetros y había conseguido cortar la carretera entre Boadilla y Chapinería, pero las posiciones nacionales ahora se mostraban inexpugnables.

El 13 de julio, mientras los soldados sufrían mucho por el calor y la sed, el mando republicano tomó la decisión de pasar a la defensiva. Ese mismo día la 4.ª de Navarra se desplegaba en línea de combate.

2. La conducta de Franco durante la batalla de Brunete ha sido elogiada y criticada al mismo tiempo por autores distintos. No corresponde a un historiador emitir juicios de valor, ni menos adivinar cuáles pudieron ser las consecuencias de una decisión distinta de la que él adoptó. Establezcamos, pues, una secuencia de datos; es lo que puede permitir a los lectores llegar a una explicación correcta.

Recibió la noticia del ataque enemigo el mismo día 6 de julio y decidió la inmediata movilización de reservas previstas: a toda costa el empujón tenía que ser detenido antes de que pudiera llegar a Navalcarnero. Aquí se instaló uno de sus enlaces, el comandante Medrano, para que le enviase rápidamente noticias. En aquellos momentos creía que la ofensiva no duraría más de 48 horas. El 7 de julio, convencido de que esta previsión no iba a cumplirse, ordenó a Dávila suspender las operaciones de Santander y dispuso el envío urgente de refuerzos y, sobre todo, la concentración de todas sus escuadrillas. Fue entonces cuando señaló las posiciones en

donde el ataque tenía que ser detenido, ante Boadilla del Monte; pero también dispuso que se empezaran fortificaciones para impedir que Navalcarnero pudiera ser conquistada. Hasta el 9 de julio no trasladó su puesto de mando desde Salamanca a Villa de El Prado; con mucha frecuencia se acercaba a la línea del frente, preocupando a sus colaboradores que entendían se estaba arriesgando con exceso. En las notas que utilizó por estos días figuraba el desgaste del enemigo. El convencimiento que expresó a veces de que el vencedor de aquella batalla sería el vencedor de la guerra no debe tomarse al pie de la letra; expresiones semejantes utilizaba en cada ocasión difícil.

Entre los días 11 y 13 de julio, mientras se estudiaba un plan de maniobra, que Varela estaba decidido a poner en ejecución, consistente en aprovechar la batalla para un corte de las comunicaciones de Madrid con Guadarrama y El Escorial, plan que fue pronto abandonado, Franco hubo de tomar una decisión: mantenerse en las líneas consolidadas o lanzar una contraofensiva que tenía que ser muy costosa, dado el gran poder que Miaja había conseguido acumular. Los anarquistas de Cipriano Mera habían sustituido en buena parte a las tropas que llevaran el peso durante los seis primeros días de la batalla. Desde un punto de vista estrictamente táctico –ésta es la opinión de Jesús Salas[10]– y considerado el problema como si fuera un ejercicio teórico en una clase de Academia, constituía un error incurrir en los sacrificios necesarios para recobrar un terreno que nada valía. Pero desde el punto de vista político la apreciación era muy diferente.

Franco estaba convencido –así lo explicó él mismo– de que la destrucción moral del enemigo, al que llegaban armas en mayor cantidad y que disponía de notoria superioridad numérica, dependía de que llegara a descubrir que no iba a consentírsele ni siquiera una apariencia de victoria: de ningún modo quería permitirle retener en sus manos la ganancia que hubiese obtenido. Es seguro que estas consideraciones pesaron en su ánimo. El 18 de julio, desde tres puntos, se lanzaron las columnas a la reconquista de Brunete[11] emprendiendo una batalla de desgaste que, a causa de la enérgica resistencia de algunas Divisiones republicanas, resultó empeñada y costosa. El 25 de julio, reconquistado el montón de escombros que seguía llamándose Brunete, la batalla terminó.[12] Unos días antes Franco había firmado el decreto que restablecía en España, como era costumbre en la Monarquía, el patronato de Santiago el Mayor.

3. Miaja consideró Brunete como una victoria; había conseguido retrasar unas pocas semanas la ofensiva sobre Santander, dando a Gámir tiempo para que reordenara sus fuerzas. Pero había pagado un alto precio. Prescindiendo ahora de las crueldades de ambos bandos con los prisioneros, dato que aparece en libros de memorias y que necesitaría una comprobación antes de admitirlas en toda su crudeza, es indudable que el número de bajas en la batalla fue muy considerable, con desventaja para los republicanos. Las de estos últimos pueden cifrarse por encima de los 20.000 hombres, mientras que, en las primeras estimaciones, los nacionales calcularon sus pérdidas en 12.000. Bajas no quiere decir muertos. También perdieron 100 aviones. La presencia de los nuevos modelos alemanes, como el 109, y el ensayo que hizo Varela de utilizar a los tanques como columna de ataque y no como apoyo de la infantería, rompiendo así una tradición francesa, dan a Brunete cierta novedad.[13]

Pero, sobre todo, Franco consiguió entonces una victoria moral. Seguía demostrando que sus adversarios no estaban en condiciones de montar una gran ofensiva, tomar ciudades o lograr resultados importantes. Al final, él era dueño del terreno que se disputara. Se habría tratado de brindar al mundo una lección según la cual la dirección comunista del Estado, al restablecer la disciplina y eliminar a los revolucionarios puros, garantizaba el buen resultado. Sucedió exactamente lo contrario. Las Brigadas Internacionales quebraron en aquel duro campo de sol y sequía. Hubo fugas, fusilamientos, deserciones y hasta motines entre los voluntarios extranjeros, de modo que el enorme prestigio que estas unidades alcanzaran en los primeros meses de 1937 ahora desaparecía.

Bilbao proporcionaba a Franco la base industrial que tanto necesitaba, Brunete le daba el respaldo moral. La leyenda de ese Madrid «tumba del fascismo» comenzaba a palidecer. Ahora se advertían algunos de los defectos que entrañaba la viril resistencia ejercida en la capital de España: no era posible desprenderse de las tropas que operaban en su defensa porque el enemigo era fuerte y no podía ser quebrantado. Pero tampoco era dado arriesgar la pérdida de la ciudad. Los símbolos atan a quienes los esgrimen. El Generalísimo podía seguir sosteniendo el cerco de Madrid mientras, con sus reservas libres iba adueñándose del territorio enemigo.

Los observadores insistirían en otro punto. El fallo esencial en la ofensiva republicana radicaba en la escasa eficacia de los mandos intermedios. Comandantes o tenientes coroneles mandaban Cuerpos de Ejército y la oficialidad, improvisada, estaba compuesta por antiguos obreros. En pocos meses, y gracias a las Academias de alféreces provisionales que Orgaz organizara, Franco podía disponer ahora, en las secciones y las compañías, de una oficialidad que, en cursos acelerados, había recibido una preparación que, en el campo de batalla, se traducía en capacidad de mando e iniciativa a la hora de tomar decisiones. Esto sorprendió mucho a los responsables de la ofensiva.

IV. LA CONSECUENCIA: SANTANDER.

1. El grueso de las tropas nacionalistas vascas, que habían salido de Bilbao en la madrugada del 18 de junio, se instaló en Santoña que era entonces una fortaleza militar de fácil defensa; algunas veces se la comparaba a Gibraltar por sus posibilidades. Otras unidades siguieron hacia Santander y Asturias, en donde la presencia de los capellanes causó mucha sorpresa: aquí las iglesias no convertidas en prisiones, habían sido arrasadas hasta los cimientos. Alberto Onaindía, refugiado en Francia, viajó hasta Roma para entrevistarse con el conde Ciano (6 de julio de 1937); tenía ahora la pretensión de que los gudaris capitulasen con las fuerzas italianas acogiéndose a la protección de Mussolini, invocando el precedente de los cuatro batallones que custodiaban Altos Hornos y se habían entregado a Bastico, siendo muy bien tratados por él. Como principal condición pedía que no se obligase a los reclutas vascos a formar parte del Ejército; era un modo sutil de decir que no se consideraban ciudadanos españoles. Condiciones ambas, la de la mediación italiana y la del compromiso militar, que Franco de ningún modo estaba dispuesto a admitir. Al parecer Mussolini no puso buena cara a la propuesta. Aguirre no quiso intervenir en esta extraña negociación de cuyos efectos desconfiaba.

Unas notas manuscritas, sin fecha, permiten asegurar que desde julio, Franco había concebido la operación Santander como una marcha envolvente, descendiendo por el Escudo o por Ramales, a fin de efectuar el estrangulamiento en Torrelavega o en Laredo, caso este último, que dejaría los batallones de gudaris cercados y fuera de combate. La batalla de Brunete dio a Gámir el tiempo necesario, como se pensaba, para reorganizar sus unidades, que sumaban todavía 200.000 hombres, perfectamente armados, y para crear, el 6 de agosto, una Junta encargada de dirigir la defensa. En esa Junta los representantes de Vizcaya y Santander eran socialistas y el de Asturias, Juan José Mando, un comunista. Excepto en el aire, donde contaba únicamente con 75 aviones y malos aeropuertos, conservaba la superioridad numérica y de armas. Dicha superioridad era en gran medida teórica pues se conseguía mediante el llamamiento a reemplazos que carecían de preparación.

Dos destructores, el Ciscar y el José Luis Díez, regresaron desde los puertos de Francia y se instalaron en el Musel; nada podían hacer salvo custodiar el propio puerto, que era la última comunicación de las autoridades asturianas; un barco conteniendo presos políticos trataba de impedir que fuera objeto de bombardeos. La Junta constituida el 6 de agosto asumió todos los poderes civiles y militares como si se hubiese declarado el estado de guerra. Insistió en que se enviasen más aviones, pues los bombardeos de la Cóndor eran destructivos. Aprovechando las semanas de tregua, Gámir lanzó un nuevo ataque sobre Oviedo (27 de julio a 1 de agosto) que constituyó otro fracaso y produjo la pérdida de algunos aviones. La moral se encontró en consecuencia muy debilitada.

2. Desde los primeros días de agosto, terminada la batalla de Brunete, Franco dispuso que las fuerzas nacionales retornaran al norte Tras la experiencia de Bilbao, Prieto no pensó en ningún momento en un traslado de efectivos y material a la cornisa cantábrica, convertida ahora en una gran cabeza de puente, sino en salvar aquel núcleo, en especial el asturiano, que tanta significación moral y económica poseía. Comenzó a estudiar operaciones de divergencia suficientemente eficaces como para obligar a sus enemigos a renunciar a las operaciones en el norte. Movilizando los reemplazos de 1930, 1931 y 1937 esperaba reunir nada menos que un millón de hombres. La cuestión era, ¿dónde emplearlos? Como sabemos, Largo Caballero creía que Extremadura era el punto más indicado. Pero aquí la Agrupación Tajo-Extremadura, creada por una orden del 27 de febrero, a las órdenes de Arturo Mena, estaba en periodo de formación.[14]

En Andalucía tampoco cabía pensar aunque los trabajos de organización del Ejército popular en la región, orientados al principio por los consejos del general soviético Kiril Afanasevich («Petrovich»), estaban más adelantados. Para prevenir una posible ofensiva en la zona, Queipo de Llano lanzó un fuerte ataque, entre el 6 y el 24 de marzo apoderándose de Hinojosa y Villanueva del Duque y poniendo en peligro por un momento las vitales localidades de Pozoblanco y Puertollano. Segismundo Casado, jefe de operaciones en el EM, actuó con una reacción muy eficaz, desde el 25 de marzo, obligando a Queipo a retroceder hasta las líneas de partida, pero cuando intento a su vez una penetración a fondo hasta Fuenteovejuna (3-9 de abril de 1937) llegó a la convicción de que mientras no se realizase un trasvase de fuerzas muy considerable, era inútil pensar en una victoria significativa en Andalucía. Jaén o Granada ofrecían peores perspectivas.

Estaba Madrid. Aquí Miaja contaba con las mejores fuerzas y sumaba antes de la batalla de Brunete 171.900 hombres. Pero Saliquet, jefe del Ejército del Centro desde la muerte de Mola, contaba con más de 120.000 aguerridos como Brunete acababa de demostrar. De modo que pensar en repetir la suerte de julio era verdaderamente insensato. Se llegó, pues, a la conclusión de que las mejores perspectivas se ofrecían en Aragón: había, en el fondo un subconsciente efectivo. En lugar de intentar partir en dos el territorio enemigo, evitar que el adversario pudiera hacer lo propio. Este riesgo se evidenció durante la batalla de Brunete. El coronel Velasco, con la 42 División, se apoderó con facilidad de Albarracín en donde resistió la escasa guarnición en la catedral y en el cuartel de la Guardia Civil. Cuando Varela acudió para rescatarles introdujo en las filas republicanas tal desorden que Vicente Rojo advirtió por primera vez a Negrín del peligro que había de que, desde Teruel, pudiera abrirse una brecha que llegara hasta el mar. De momento se culpó a los anarcosindicalistas de la desbandada y se empleó esto como argumento en su contra. Franco estaba enviando a la zona nuevas reservas, con la 13 División que mandaba Fernando Barrón, considerada como una de las mejores.[15]

De modo que la decisión tomada, antes de que comenzara la ofensiva en Santander y formando conjunto con la de Brunete, consistió en reorganizar la fuerza de ataque en todo el frente oriental dotándola de efectivos suficientes para conquistar Zaragoza. Se crearon dos Ejércitos, el del Este, con los cuerpos X, XI, y XII, entre el Ebro y los Pirineos, y el de Levante con los XIII y XIX, que se encomendó al coronel Hernández Saravia. Indalecio Prieto dispuso el envío de soldados y armas en cantidad suficiente. No se trataba solamente de salvar Santander sino de conseguir un gran golpe de efecto, la conquista de Zaragoza, equivalente perfecto para la pérdida de Bilbao.

3. Por razones internacionales semejantes a las que movieran al mando republicano, Franco decidió dar mayor protagonismo al CTV en la campaña de Santander, la más brillante, según algunos especialistas, de cuantas se prepararon desde el Cuartel General del Generalísimo. La operación comenzó el 14 de agosto por el punto que todos habían previsto, Peñalabra, en donde se habían situado los mejores batallones vascos y asturianos, mandados por Ibarrola y Bárzana. Los italianos rompieron el frente ya en las primeras horas y, tras un día de lucha muy duro, desarticularon al enemigo. El 16 de agosto las Brigadas Navarras estaban en Reinosa, empujando al enemigo hacia la costa. Como si se tratara de una compensación por el descalabro de Guadalajara se hicieron menciones muy elogiosas en especial de la División 23 de marzo.[16] Los batallones vascos se replegaron sobre Santoña tratando de establecer una línea de defensa en el Asón, inútilmente; el 25 de agosto los italianos, desbordando el río por la derecha entraban en Laredo.

Unos días antes se había celebrado un Consejo de Guerra en Santander, decidiéndose por la defensa y no por la retirada. Prieto avisó que si lograban resistir otras 72 horas la situación experimentaría un gran cambio: se iba a lanzar la ofensiva sobre Zaragoza. Pero Gámir cursó la orden de retirada a las posiciones más fuertes de Asturias donde proyectaba organizar la resistencia; en todas partes la quinta columna se adelantaba a las Divisiones que avanzaban, de modo que no hubiese resistencia. Franco recibió el 26 de agosto –doce días tan sólo desde la ruptura del frente– la noticia

de que los suyos eran dueños de Santander; no pudo contenerse y salió del despacho haciendo manifestaciones de júbilo que resultaban sorprendentes.

El 25 de agosto, mientras los nacionales desfilaban por las calles de Santander, los comandantes de las tropas vascas acantonadas en Santoña ofrecían a los italianos una capitulación incondicional bajo la garantía dada por Franco de que sería respetada la vida de cuantos no hubiesen cometido crímenes de sangre. Se firmó un acuerdo entre los capitanes Sabino Eguileor y Raimundo Pujana, de una parte y Amilcare Farina y Bartolomé Barba, jefes de la Brigada de Flechas Negras: los vascos se comprometían a entregarse con armas por grupos de 2.000 a partir de las 6 de la mañana del día siguiente reteniendo batallones en Laredo, Colindres, Limpias, Ampuero, Santoña y Carazo para garantizar el orden hasta la llegada de los nacionales. Este acuerdo no se cumplió porque al no haberse recibido confirmación de los superiores, los nacionalistas no se entregaron. Se habían prometido desde Bayona barcos para la evacuación por mar de los combatientes.

Pasado el plazo, Farina dio la orden de avance y sus soldados ocuparon Colindres, Limpias y Laredo sin la menor resistencia. Ajuriaguerra consiguió telegrafiar a Aguirre: los barcos no llegaban y no había más remedio que rendirse. Ganando tiempo, los jefes en Santoña pidieron a Farina un nuevo pacto y lograron la prórroga hasta el día 26 a las tres de la tarde. Pero entonces se descubrió que lo que se pretendía era embarcar a jefes y oficiales en barcos ingleses pequeños para trasladarse a Francia. Barba comunicó la situación al general Dávila y éste ordenó que se impidiera el embarque y que todos los cercados en Santoña se constituyeran en prisioneros de guerra. Éstos son los datos fehacientes; sin duda hubo muchos detalles en las conversaciones que nos son desconocidos. Posteriormente se han introducido también numerosos errores y tergiversaciones en esta negociación.[17]

Franco se irritó. Creyó ver en todo esto una maniobra que dejaba comprometida su autoridad. Dávila destituyó por su cuenta sobre la marcha a Amilcare Farina y el Generalísimo pidió a Mussolini la sustitución de Bastico.[18] Los jefes italianos no tenían autoridad para ofrecer condiciones de rendición.

V. BELCHITE.

1. Indalecio Prieto no mentía: necesitaba tres días de resistencia en Santander porque era el plazo previsto para la llegada de los suyos a Zaragoza. Este éxito, de enorme repercusión sin duda, no se produjo y en cambio la noticia de la eliminación del reducto montañés en plazo tan breve y con pérdida de 60.000 prisioneros retumbaba en los boletines de propaganda a favor de Franco. El infante don Juan, a quien todos consideraban ya como verdadero sucesor y sustituto de Alfonso XIII, envió a Franco un caluroso telegrama de felicitación.[19] La operación estuvo precedida de un verdadero golpe de Estado: el 11 de agosto Negrín suprimió el Consejo de Aragón y lo sustituyó por un gobernador de filiación comunista, Rodríguez Mantecón, destinado a posesionarse de su puesto de mando en la ciudad tan pronto como fuera conquistada. Paralelamente, Líster procedía a la detención de muchos mandos militares anarcosindicalistas, en un esfuerzo que el propio Negrín definía como «corriente centralizadora» porque sin ella no sería posible lograr la victoria.

Hubo, en los mandos soviéticos, un error grave de información: creían que las noticias que llegaban a sus servicios acerca de roces entre falangistas y tradicionalistas en el seno del Movimiento, anunciaban una verdadera división interna de modo que, en cuanto se produjera una victoria como la que esperaban, surgirían en retaguardia verdaderos movimientos de insurrección. Franco, en cambio, que disponía de otros datos procedentes de los servicios secretos en Francia, no consideró necesario en esta oportunidad detener las operaciones para eliminar el último reducto cantábrico.[20] Cuatro de las mejores Divisiones de que disponían los republicanos, mandadas por Líster, Kleber, Walter y Gallo fueron destinadas por el general Pozas a lograr la ruptura del frente: había tal convicción de que las defensas del adversario se hallaban divididas y debilitadas que la orden de maniobra tenía prevista la entrada en Zaragoza ya con el primer empujón.

La superioridad estaba asegurada: los medios que Vicente Rojo pusiera al servicio de Pozas superaban los 125.000 hombres; enfrente el general Miguel Ponte contaba con 70.000, que formaban una delgada línea discontinua entre Teruel y el Pirineo. Pero esta superioridad numérica no correspondía a la calidad; muchos milicianos anarquistas y trotskistas estaban amargados por la persecución de que eran objeto, los mandos intermedios eran poco competentes y muchos reclutas de los recientemente movilizados carecían de instrucción.

2. De acuerdo con la orden de operaciones, éstas debían comenzar el 23 de agosto –todavía ondeaba la bandera republicana en Santander– a las 9 de la noche, para alcanzar Fuentes antes de la amanecida; simultáneamente se limpiaría Belchite que era como un embolsamiento. Una vez aseguradas estas dos bases de partida, prescindiendo de cualquier objetivo secundario se marcharía velozmente sobre Zaragoza en la que se podría entrar en la noche del 24 al 25; cuando los refuerzos enemigos comenzaran a afluir estarían ya cubiertos todos los objetivos. Pero estas previsiones no se cumplieron: cada unidad comenzó a operar por su cuenta; la ofensiva no comenzó hasta las cinco de la mañana del día 24; se embebieron muchas unidades en operaciones secundarias; sobre todo, como había sucedido antes en Brunete, la resistencia de las guarniciones nacionales fue durísima. Zuera, Fuentes y Mediana no pudieron ser tomadas. Quinto, que estaba previsto pasar de largo, resistió hasta el 26. Los defensores de Belchite se replegaron sobre la ciudad abandonando mucho terreno pero resistieron, casa por casa, hasta el 7 de septiembre; además una parte de su guarnición pudo romper el cerco el día 5 reintegrándose a sus líneas.

La operación Belchite fue, por tanto, un fracaso[21] con gran desgaste para los republicanos y ni siquiera retrasó la operación asturiana. Una lección que hubiera debido aprovecharse, y no lo fue, era que en las tareas de resistencia los oficiales que mandaban pequeños grupos contribuían a mantener el espíritu de defensa hasta una verdadera heroicidad entre los nacionales, mientras que contribuían al pánico y a la desbandada en el caso de los republicanos. El 27 se produjo el segundo intento para lograr la ruptura del frente, pero el fracaso fue rotundo: con las reservas próximas, Ponte consiguió fijar el frente. Esta vez –es un dato digno de tener en cuenta para comprender en sus verdaderas dimensiones la decisión de Brunete– el Generalísimo no se preocupó de recuperar el terreno perdido.[22]

VI. EL FINAL DEL FRENTE NORTE.

1. Ninguna de estas operaciones interrumpía el objetivo principal que Negrín y Vicente Rojo se estaban proponiendo: mediante importaciones abundantes de material de guerra de la mejor calidad convertir las improvisadas unidades del comienzo en verdadero Ejército. Los comunistas compartían este punto de vista y colaboraron intensamente en este objetivo. Mientras tanto, la consigna era resistir a toda costa. Transcurrían los últimos días de agosto y se iniciaba el sistemático bombardeo aéreo de la retaguardia asturiana que alcanzaría gran intensidad en los primeros días de octubre. Las órdenes emanadas del Gobierno, que había renunciado a enviar hombres y material a aquella pequeña reliquia del norte, consistían en resistir todo lo posible: ganando días o, mejor, semanas, se proporcionaba a la gran operación creativa de Fuerzas Armadas el valor sustancial. Belarmino Tomás, el viejo revolucionario, resucitó el antiguo Consejo de Asturias, León y Palencia, muy empalidecido en los últimos meses y lo declaró soberano; de este modo las decisiones que tomase serían directamente operativas. Estaba constituido por él como presidente, dos vicepresidentes, Segundo Blanco socialista y Gonzalo López comunista, dos vocales socialistas, dos comunistas, dos de la FAI, uno de Izquierda Republicana y uno de la CNT. La primera decisión consistió en destituir a Gámir y encargar a Prada que tomara el mando para aquella final y heroica resistencia.

Prada hizo fusilar a algunos jefes militares para imponer disciplina y evitar deserciones; también hubo un recrudecimiento de represalias contra presos y derechistas escondidos, lo que repercutió después en la crueldad de la represalia de los nacionales. Desde luego el valor, en ese mes y medio agónico para el XVI Cuerpo de Ejército, reforzado con los restos de los XIV y XV que procedían de Vizcaya y Santander, no faltó. Pero ahora los nacionales no sólo contaban con superioridad de fuego y de aviación sino que estaban poseídos de moral de victoria. La primera línea de defensa, montada sobre el río Deva, saltó en pedazos ya el día 31 de agosto. Combatiendo, los nacionales entraron en Llanes el 5 de setiembre.

Mientras tanto las unidades que procedían de León salvaban los puertos de la cordillera y llegaban el 7 de setiembre a Arenas de Cabrales. Aranda estaba al frente de toda esta operación; prescindió de lanzar sus soldados contra las fuertes posiciones que rodeaban a Oviedo. También Dávila había decidido prescindir de los italianos. La experiencia de los pactos de Santoña parece haberle influido mucho. Por primera vez, al mando de 110.000 hombres tenía superioridad numérica sobre el enemigo. Éste, apoyando su espalda sobre el Sella y sus avanzadas en el Mazuco, resistió durante un mes una formidable batalla de desgaste, carente de aviones, algunos de los cuales sufrieron accidentes que hicieron sospechar a Prieto y Azaña la existencia de una quinta columna muy activa.

En los primeros días de octubre, Aranda consumó la maniobra definitiva, salvando los puertos de Tarna y San Isidro, para caer así sobre la espalda de sus adversarios. Todo el frente se desmoronó: el día 15 las Brigadas Navarras estaban en Villaviciosa. Dos días más tarde, en medio del pánico, se celebró una reunión en Gijón en que se acordó pedir a las tropas que resistieran al menos tres días para dar tiempo a huir a los dirigentes más comprometidos con las mejores unidades que aún quedaban. Había escasez de barcos y los fugitivos se amontonaban en el Musel sinies-

tramente sombreado por el humo de los depósitos de carburante de la Campsa que finalmente fueron alcanzados por la aviación. El destructor Ciscar quedó hundido en el puerto al lado del submarino C-6. Se calcula en 10.000 personas el total de los que consiguieron huir, algunos en embarcaciones que no tenían las condiciones necesarias; hubo fugitivos que fallecieron en el mar.[23]

2. No cabe duda de que la pérdida del norte, unos 18.500 km.^{2} con un millón y medio de habitantes, cambió por completo la relación de fuerzas en la Guerra Civil; con ella, se privaba al Gobierno de Valencia de la mitad de su capacidad industrial. No es aceptable por tanto la tesis sostenida por Gámir en el exilio, de que esta campaña había sido un grave error de Franco que diera a Prieto tiempo para construir el gran Ejército que necesitaba para las futuras campañas. Franco iba a disponer en adelante de recursos mineros e industriales que modificarían mucho el comportamiento de los aliados y de los mercados internacionales que ellos controlaban, permitiéndole, como veremos luego, un parcial alejamiento de Alemania. Desde luego se crearon otros problemas, como el de la represión, evidentemente dura, que convertía a una parte considerable de esta población en resentida;[24] además, al faltar los medios para la fuga el número de prisioneros y, por consiguiente, de sentencias, se incrementó en Asturias más que en otras partes, según hemos anotado.

En los años siguientes Asturias se convirtió en una provincia singular: los combatientes que no habían podido huir fuera de España buscaron refugio en los ásperos montes, sin comunicaciones, guarida de osos. Para sobrevivir, estos «huidos»[25] tuvieron que recurrir a acciones que podrían calificarse de bandolerismo –asalto a casas, atracos a viandantes, secuestros–, las cuales además pronto se extendieron a las montañas de León y a Galicia. El nombre de «maquis» o de «guerrilleros» no era utilizado entonces; para unos se trataba de huidos, para otros de bandoleros. Hasta 1948 hubo operaciones, a veces serias, contra estas partidas, lo que incrementó la dureza y prórroga de la represión. La fama de Asturias «roja» que se había originado en la revolución de 1934 se hizo por esta causa muy persistente.

La mayor parte de los prisioneros pasó luego a integrarse en los ejércitos nacionales, de modo que las provincias del norte, de acuerdo con el procedimiento de los reclutamientos forzosos que ambos bandos practicaban, permitieron a Franco no tener que movilizar tantas quintas como sus enemigos, prescindiendo así de los demasiado jóvenes y de los demasiado viejos y, a la vez, reforzar considerablemente los efectivos de su Ejército. De modo que si el tiempo ganado efectivamente permitía a Prieto concluir la operación emprendida desde que Negrín asumiera la Presidencia, ese mismo tiempo daba a Franco recursos con los que antes no contaba. Ahora la zona republicana o roja era un solo bloque con dos sectores, norte y sur, no muy bien comunicados, pero dentro y fuera de España había crecido el estado de opinión que afirmaba que era imposible que pudiesen ganar la guerra.

3. Martínez Bande ha dado a conocer un documento de importancia excepcional: el informe que el coronel Buzón Llanes, jefe de la segunda sección del Estado Mayor con Vicente Rojo, elaboró explicando las causas del desastre. Ante todo éste debía atribuirse a la superioridad aérea. Añade Jesús Salas que éste era un factor que no podía ser corregido, pues dadas las condiciones del terreno cualquier concentración

de aviones en pistas mal situadas y de difícil defensa, hubiera contribuido a agravar la situación. Pero sobre todo Buzón señaló tres elementos decisivos: a) la desorganización inicial causada por el movimiento revolucionario fue tan completa que nunca pudo ser reparada; b) había profundas divergencias regionales, especialmente por el empeño vasco en mantener, hasta que fue demasiado tarde, un ejército propio, sin integrarlo en el de toda la nación; y, c) los dirigentes no mostraron capacidad para organizar y mandar a los suyos.

A las pérdidas significadas por fallecimiento había que sumar la de los niños enviados a la Unión Soviética, algunos de los cuales regresarían mucho tiempo después, y la de los que emigraron, cuyo retorno, paulatino también generó cambios. Sin embargo Asturias sería una de las provincias más rápidamente recuperadas y, en razón de todas estas circunstancias, una de las más protegidas también.[26]

Contingentes significativos tuvieron que permanecer en Asturias para combatir las partidas y guardar el orden. Por otra parte el Cuartel General de Salamanca sabía que necesitaba de varios meses para instruir las nuevas reclutas y restablecer la industria de armamento, de modo que no preparó ninguna operación para los dos últimos meses de 1937. También los mandos republicanos, que ahora tenían la iniciativa, necesitaban un descanso para estudiar las razones de sus repetidos fracasos en Brunete y Belchite antes de lanzarse al ataque. Algo sustancial había cambiado: aquel Alzamiento, que el propio Franco definiera alguna vez como de la España pobre contra la España rica, disponía ahora de recursos que le permitían cambiar las tornas. Cuando sus fábricas lograsen el ritmo necesario de trabajo y sus soldados recibiesen el debido entrenamiento, habría llegado la hora de dar el impulso decisivo. Pero esto no antes de 1938. El Norte significaba también la posibilidad de despegarse un poco de la influencia alemana y abrirse a posibles negociaciones con el Reino Unido.[27]

Notas al Capítulo 26.

1 Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, I México, 1967, p. 152 y ss.

2 Francisco Olaya, *op. cit.*, p. 165, que utiliza documentación de la Fundación Pablo Iglesias, establece como comprobada la existencia de presiones muy fuertes para conseguir la fusión de socialistas y comunistas en un solo partido. Ésta era, según los anarquistas, la meta final de las grandes maniobras soviéticas.

3 Julián Gómez, llamado «Gorkin», *El proceso de Moscú en Barcelona*, Barcelona, 1974, p. 102 y ss., da la versión favorable al POUM. Con mucha antelación Katia Landau, *Le Stalinisme en Espagne*, París, 1938, había hecho una denuncia en términos tan extremosos que no pueden ser utilizados sin comprobación. Era la réplica al alegato procomunista de George Soria que insistía en demostrar que el trotskismo estaba al servicio de Franco.

4 Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 756 y ss.

5 R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*, II, p. 1.294.

6 F. Olaya, *op. cit.*, pp. 166-174, hace una exposición detallada de estas empresas; prescindiendo de la intención polémica antisocialista de este autor, los datos permiten comprobar la nula eficiencia del esfuerzo.

7 Seguimos el excelente trabajo de J. M.ª García Escudero, *La España que vieron los extranjeros*, en especial pp. 342-347.

8 Poseemos dos excelentes estudios de Historia militar sobre la batalla de Brunete, una de las mejor conocidas de toda la guerra: los de R. Casas de la Vega, *Brunete*, Madrid, 1967, y de R. Martínez Bande, *La ofensiva de Segovia y la batalla de Brunete*, Madrid, 1967. Son el producto de muchos años de cuidadosa investigación.

9 Los aspectos aéreos de la batalla han sido investigados por J. Salas Larrazábal. Ver *La guerra desde el aire*, Barcelona, 1969, pp. 227-235, y «Influencia de la aviación y de las aportaciones materiales extranjeras» en *La guerra y la paz cincuenta años después* especialmente p. 376-377.

10 J. R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 503-512.

11 Es seguro que el Cuartel General de Salamanca tenía estudiado un plan de maniobra consistente en eliminar todo el saliente de El Escorial, que nunca se ejecutó. J. M. Martínez Bande, «Morir bajo el Sol Castilla» en *Grandes Batallas de la guerra de España*, p. 109.

12 B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 365, entiende que se escogió deliberadamente la fiesta del Apostol, el 25 de julio, para tomar posesión de Brunete, justificando de este modo las leyendas del patronato jacobeo. Franco pensaba haber ido personalmente a hacer la ofrenda aquel año, pero la batalla se lo impidió.

13 Las primeras estimaciones fueron recogidas por M. Aznar, *op. cit.*, III, p. 237, y A. Kindelán, *op.cit.*, p. 100. Hablaban pues de 12.000 bajas propias y más del doble de sus enemigos. Pero en su estudio sobre la batalla (p. 362) el general Casas de la Vega entiende que hay que elevar las pérdidas nacionales a una cifra en torno a las 17.000. Muchas de estas bajas pasado un tiempo volverían al combate.

14 Sobre estas operaciones hay un estudio exhaustivo de J. M. Martínez Bande, *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, Madrid, pp. 23-95.

15 J. L. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 517-518.

16 La valerosa y eficaz conducta del 23 de marzo en la toma del Escudo fue aireada en Italia como si fuesen sus soldados los que estaban ganando la guerra (J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 256-258). El 27 de agosto *Il Popolo d'Italia* publicó en primera plana la noticia de la «espléndida victoria italiana» de la conquista de Santander. Franco comunicó al Duce directamente la noticia de la batalla del Escudo y recibió esta respuesta: «Al amigo. Yo agradezco a VE las comunicaciones sobre la batalla del Puerto del Escudo. Legionarios italianos han combatido dura y victoriosamente. La sangre vertida en común por una causa comun, hará de España y de Italia dos pueblos fraternalmente unidos», *Documentos*, I, p. 160.

17 J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 514-516.

18 J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 286-287, J. M. Martínez Bande, *El final del frente norte*, Madrid, 1972, pp. 228-244.

19 Franco respondió el 7 de setiembre. P. Sainz Rodríguez, *op. cit.*, pp. 347-348.

[20] Un informe de un agente secreto, fecha el 7 de agosto, daba a Franco cuenta de lo que se preparaba. No se trata de un documento fehaciente pero parece que el Generalísimo tomó en consideración estas noticias. Un coronel francés de filiación socialista, Costeoat, se había reunido en Madrid con el general soviético Longninoff, para tratar de la posibilidad de hacer en Francia una recluta de oficiales que supliesen la deficiencia técnica. La operación había comenzado ya en febrero de 1934 cuando se preparaba la revolución de octubre, abarcaba unos 2.000 y ahora, en el verano de 1937, estaban pasando muchos de ellos a España. El 18 de agosto este mismo agente informó de que aprovechando las maniobras que se celebraban en el Sur de Francia, se iban a hacer pasar a Barcelona fraudulentamente desde territorio Francés muchos aviones. Negrín había encargado a Marcelino Pascua una gestión en Moscú para hacer comprender que la situación era muy grave y para gestionar un rearme en profundidad del Ejército popular. A pesar de lo que dijera la propaganda –continuaba el informador– la moral republicana era muy baja y se había decidido atacar en Belchite porque no podía remitir la suerte en Madrid.

[21] Como de costumbre disponemos del metódico estudio de J. M. Martínez Bande, *La gran ofensiva de Zaragoza*, Madrid, 1973.

[22] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 517-524.

[23] Resumimos aquí a J. M. Martínez Bande, *El final del frente norte*, Madrid, 1972.

[24] Conocemos el estadillo efectuado el 18 de octubre por la Auditoría de Guerra referente a Bilbao, Santander y Santoña, las tres grandes ciudades donde se instalaron tribunales. Los Consejos de Guerra fueron así:

Bilbao: 7.441 procesos, 405 penas de muerte, 1.825 penas de prisión, 5.211 absoluciones o sobreseimientos.

Santander: 4.725 procesos, 923 penas de muerte, 1.239 de prisión, 2.563 absoluciones o sobreseimientos.

Santoña: 2.099 procesos, 439 penas de muerte, 1.390 de prisión, 270 absoluciones o sobreseimientos,

No figura en la relación el número de penas que se ejecutaron y es difícil hacer un cálculo mientras no se investigue en los registros. La proporción normal conocida en otros casos es que los indultos eran mayores en número que las ejecuciones.

En otras notas que hacen referencia a este documento se informa que en total fueron sometidos a proceso 792 sacerdotes vascos y otros 215 declarados en rebeldía, de los cuales tres serían condenados a muerte e indultados sobre la marcha como estaba previsto, 104 fueron trasladados a otras diócesis y 48 sufrieron prisión. *Documentos*, I, p. 163.

[25] Entre los huidos se encontraba el general Goriev, consejero soviético, que tenía previsto huir en el «Ciscar» antes de que se hundiera. Fue rescatado por un avión y regresó a la URSS en donde fue fusilado por orden de Stalin. H. Thomas, II, pp. 788, nota 55.

[26] Sobre el exilio asturiano y el posterior ver J. Rubio, *La emigración de la guerra civil española de 1936-1939*, Madrid, 1977. En 1964 se publicó en Toulouse una memoria de Andrés Saborit titulada *Asturias y sus hombres* dedicada a exaltar la lucha guerrillera.

[27] R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos*, p. 143 y ss., proporciona cifras, metódicas y seguras, importantes.

Notas al Capítulo 27.

[1] J. Tusell, *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, 1992, pp. 42-43 (en adelante citado Franco) entiende que en la reunión del 14 de agosto en Sevilla entre Queipo, Mola y Franco, quedaron claros los proyectos del primero, que el Alzamiento desembocase en un verdadero triunvirato que le permitiría conservar su verdadero virreinato. Reconoce este autor que en Andalucía, bajo Queipo, «La represión fue durísima, más que en otras zonas», pero no cuantifica su aserto.

[2] J. Tusell, *Franco*, p. 85, parte de una idea preconcebida, como si el Generalísimo sólo buscara afirmar su poder personal eliminando a quienes le hicieran sombra; es verdad que